

—¿Qué Adelina?

—Una de buenas carnes, que estuvo con Eleuterio... Después estuvo, en secreto, con otro, con un bachiller, no sé con quién...

—Yo sí.

—¡Pues esa! La tiene el Negrón con un lujo... Alfombra en la escalera, cortinas de Damasco... ¡todo! ¡Y está gordol! Lo he visto ayer. Me dijo que «salía de San Roque cansado de decir amabilidades á un diablo de santo...» ¡Ese Negrón, á veces, tiene gracia! Y tiene buenos amigos, labia, influencia en Torres... ¡Cualquier día lo vemos hecho obispo!

Retíreme á mi casa pensativo. Todo lo que yo esperara y amara (hasta Adelina) lo poseía ahora legítimamente el horrendo Negrón... ¡Pérdida pavorosa! Y que no proviniera del cambio de los envoltorios ni de los yerros de mi hipocresía.

Ahora, padre, comendador, propietario, yo tenía una comprensión más positiva de la vida. Y conocía bien que fuera alejado del dinero de G. Godiño simplemente por no haber tenido el coraje de afirmar, en el oratorio de la tía, cuando, en vez de una corona de martirio apareciera sobre el altar una camisa de pecado:

—¡Ahí está la Reliquia! ¡Quise dar á ustedes una sorpresa! No es la Corona de Espinas. ¡Es mejor! ¡Es la camisa de Santa María Magdalena! Ella misma me la dió en el desierto.

Esto lo probaba en seguida con aquel papel escrito en letra correcta: *A mi portuguesito valiente, por lo mucho que*

gozamos... Esa era la carta en que la santa me ofrecía su camisa. Allí estaban sus iniciales:—*M. M.*! Allá destacaba esa clara, evidente confesión: «*Lo mucho que gozamos*». ¡Lo mucho que yo gozara en mandar á la santa mis oraciones hacia el cielo y lo mucho que en el cielo gozara la santa al recibir mis oraciones!

¿Y quién lo dudaría? ¿No mostrarán los santos misioneros de Praga, en sus sermones, billetes sin franquear remitidos del cielo por la Virgen María? Y ¿no garantiza la *Nación* la divina autenticidad de aquellas misivas que tienen en sus dobleces la fragancia del Paraíso? ¡Los dos sacerdotes, Negrón y Piñeiro, conscientes de su deber y en su natural deseo de buscar columnas donde sostener la Fe oscilante, probarían con la camisa, la carta y las iniciales un milagroso triunfo de la Iglesia! La tía Patrocinio caería sobre mi pecho, llamándome «su hijo, su heredero.» ¡Y heme rico! ¡Y heme beatificado! Mi retrato sería puesto en la sacristía de la sede! El Papa me enviaría una bendición apostólica por los hilos del telégrafo.

Así quedaban colmadas mis ambiciones sociales. Y ¿quién sabe? también podrían quedar satisfechas las ambiciones intelectuales de que me había contagiado el docto Topsisius. Porque tal vez la ciencia, envidiosa del triunfo de la Fe, reclamase para sí esta camisa de María Magdalena como documento arqueológico... Ella podría iluminar oscuros puntos en la Historia de las costumbres contemporáneas al Nuevo Testamento; la confección de camisas en Judea en el siglo primero, el estado industrial de los encajes en Siria bajo la dominación romana... Yo que-

daria en la consideración de Europa igual á los Champollión, á los Topsisius, á los Lepsius y otros sagaces resucitadores del Pasado. La Academia gritaría al punto: «¡A mí el Raposo! Renán, ese heresiarca sentimental, murmuraría: «¡Qué suave colega el Raposo!» Sin demora escribiríanse sobre la camisa de Mary sabios libros en alemán, con mapas de mi peregrinación por Galilea. ¡Y heme bienquisto con la Iglesia, celebrado por Universidades, con mi rinconcito seguro en la Bienaventuranza, mi página en la Historia, comenzando á engordar pacíficamente con el dinero de G. Godiño!

¡Y todo esto perdiera! ¿Por qué? Porque hubo un momento en que me faltó aquel *descarado heroísmo de afirmar* que crea, á través de la universal ilusión, Ciencias y Religiones.

• FIN

ÍNDICE

	Páginas
El autor al lector	7

I

Progenie de Teodorico Raposo.—Mocedades del héroe.—El <i>Mosteiro</i> .—Doña Patrocinio de las Nieves.—Desventuras del primo Javier.—Aventuras de religión y amor.—Adelina y Adelino.—Proyecto de viaje á Tierra Santa.—«¡Dios lo quiere!»—La cruzada de un hidalgo portugués.	17
--	----

II

El ilustre Topsisius, del «Instituto Imperial de excavaciones históricas».—En tierra de Egipto.—La hermosa guantera.—Continuación del viaje.—De Jaffa á Jerusalem.—El hotel del Mediterráneo.—Visita al Santo Sepulcro.—Episodio desagradable.—El harem de Fatmé, <i>Rosa de Jericó</i> y la virgen nubia.—Ocurrencias del alegre Potte.—Baño en el Jordán.—La Suprema Reliquia.	63
--	----

III

Ensueño glorioso.—La Ciudad Santa.—Jericó.—
La casa de Gamaliel.—Rabí Jeschoua.—Teodoro-
ricus, lusitano.—En el Pretorio.—El mercader
pobre.—Triunfo de Bar-Abbás.—El templo de
Jerusalem.—El Atrio de las Mujeres.—Crucifi-
xión.—Los recursos de Gad.—Vuelta á la vida. 101

IV

El despertar.—La visión del Pasado.—El alegre
Potte y el *Retiro del Sinat*.—Reliquias menores.
—La camisita de Mary.—Para alejar el peligro,
Raposo toma una decisión heroica.—Regreso á
Lisboa. 184

V

Cordial acogida.—Raposo se ve encomiado por sus
buenísimos amigos.—El terrible padre Negrón.
—Solemne ceremonia.—La Corona de espinas y
el delicado presente de Mary.—Estalla la cólera
de la señora doña Patrocinio de las Nieves . . . 205

VI

El héroe en el hotel de la «Paloma de Oro».—Co-
mercio de objetos sagrados.—Los frascos de
agua del caudaloso Jordán.—Efímera prosperi-
dad.—Contra la hipocresía.—La voz del Señor.
—La herencia.—El antejojo del comendador
G. Godiño.—«Crispín y C.^a».—Casamiento de
Raposo.—Larga felicidad 231





